

PERFIL DEL EMPLEADO DE BANCA

EN los últimos años, los empleados de Banca españoles se han convertido, repetidas veces, en noticia con motivo de los acontecimientos anteriores y posteriores a la firma del Convenio Colectivo. Los lectores atentos de la prensa diaria se habrán sentido intrigados ante el carácter inédito —en la vida laboral del país— de sus manifestaciones: no solamente han recurrido a las formas de protesta y difusión habituales —manifestación pública, paro en el trabajo, explicación de motivos, etcétera—, sino que han «ensayado» nuevas fórmulas, en apariencia tendientes a desbaratar la imagen tradicional que la sociedad conserva del empleado de Banca.

Formas intermitentes de silencio y ruidos, ir mal vestidos al trabajo, dejarse la barba, acudir con el pañuelo de los sanfermines, arrojar monedas de diez céntimos al patio de operaciones, abrir en masa cuentas corrientes de cinco pesetas, etcétera, son cosas que no ocurren por casualidad en un punto aislado, sino un conjunto de acciones coherentes y de gran alcance publicitario, orientadas a revisar la imagen del empleado de Banca y a transformar su situación en la empresa.

Ante tales acontecimientos, surge clara una pregunta: ¿quiénes son y qué piensan esos empleados de Banca, que no responden en absoluto a la imagen que de ellos se tenía? ¿Han cambiado las personas o se han modificado las actitudes?

Recientemente, el IESEM (Instituto de Estudios Sociales del Empleado) ha procurado responder a estas cuestiones mediante la realización de una encuesta nacional representativa de empleados de Banca, integrada por más de 1.000 entrevistas personales. En esta entrevista se ha pretendido averiguar justamente quiénes son, qué opinan y qué pretenden esos empleados.

Generalizando los datos obtenidos, puede darse un perfil aproximado de éstos:

Un dato que contribuye a explicar los acontecimientos de Banca es el de la edad; nos encontramos ante un grupo laboral particularmente joven: la edad media sólo es de treinta y cuatro años, teniendo cuarenta años, o menos, el 68 por 100 de los empleados. Es decir, formando claramente una generación de posguerra.

Si atendemos a su origen, nos encontramos con un grupo típicamente urbano; el 63,8 por 100 del

total ha nacido en ciudades de más de 20.000 habitantes, y más de la mitad en ciudades que exceden de 50.000. En su mayoría provienen familiarmente de clase media (hijos de comerciantes, pequeños empresarios, empleados de todo tipo: 50,4 por 100). Aunque también se dan bastantes casos de ascenso social (hijos de subalternos, obreros cualificados, capataces y peones: 28,6 por 100). Es decir, se trata de un grupo social formado por clase media y baja que recientemente ha ascendido.

Respecto a la formación de este grupo de empleados, solamente un 3,5 por 100 tiene estudios superiores, y menos de la mitad —44,9 por 100— ha podido terminar estudios medios; quiere decirse

que más de la mitad de los empleados de la Banca tiene cultura media, baja o de nivel elemental, con lo que esto implica de limitación al ascenso social.

Su nivel de ingresos es relativamente alto si se compara con otros grupos de empleados españoles de clase media; los ingresos percibidos por su propio trabajo son inferiores a 8.500 pesetas mensuales solamente en un 26,8 por 100 de los empleados, situándose el ingreso medio en la relativamente elevada cantidad de 12.191 pesetas mensuales.

Como consecuencia, su capacidad de adquirir bienes de consumo es decididamente elevada, como puede observarse si los comparamos con otros grupos nacionales:

	Nivel de consumo gral. para España (% que lo poseen) (1)	Clase media no campesina (% que lo poseen) (1)	Bienes de los que ganan de 5.000 a 14.000 ptas. que lo poseen (1)	Empleados de Banca (% que lo poseen)
Televisión . . .	32	49	64	92
Nevera	28	44	59	92
Coche	12	17	26	47
Lavadora	36	52	69	86

(1) Datos obtenidos de: Fundación FOESSA. «Informe sociológico sobre la situación social de España». Madrid, 1966.

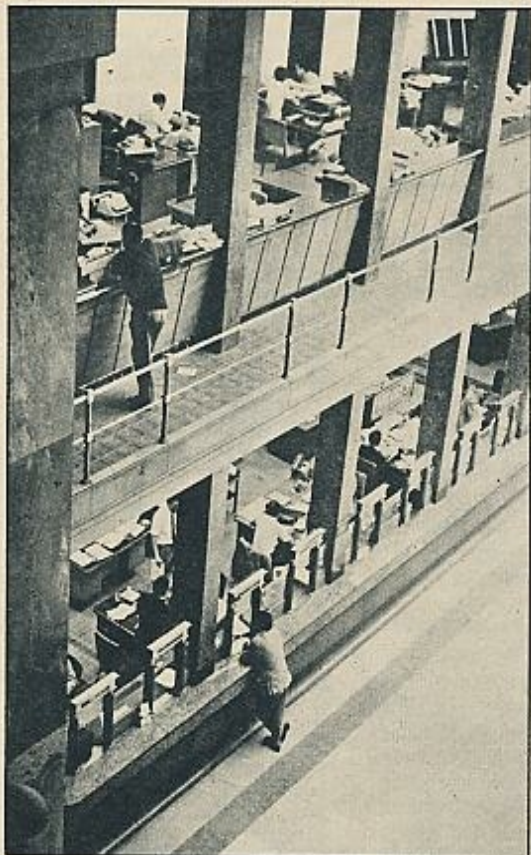


Foto tomada en la sede central del Banco Mercantil, en Madrid.

Es decir, tienen un carácter de grupo social, comparativamente, privilegiado. Pero si observamos su actividad laboral, alcanzar esos niveles de ingresos resulta para ellos duro: más de la mitad —53,2 por 100— están pluriempleados, realizando trabajos u horas extraordinarias de forma continua, lo cual implica que, para llegar a los niveles de riqueza que hemos visto, no les resulta suficiente la remuneración de la jornada normal en el Banco.

Una vez vistos estos datos generales que sitúan en un contexto social a este grupo, vamos a trazar un perfil con los rasgos más dominantes de los empleados de Banca; es decir, aquellos que vienen reflejados por respuestas que han dado la mayoría de los empleados a las cuestiones propuestas. Hay que señalar que esos rasgos se basan, en todos los casos, en respuestas a un grupo de preguntas y no a una sola de éstas, lo cual refuerza la validez de los datos al no provenir, simplemente de la interpretación equivocada de una pregunta aislada que no se puede concretar.

Los rasgos más destacados que la encuesta ha recogido son los siguientes:

- Visión del trabajo como exclusivo medio económico.
- Desconfianza sociopolítica.
- Conciencia de la división del país en clases.
- Actitudes antisegregacionistas.
- Espíritu democrático general.
- Igualación total con la mujer.
- Humanización de los sistemas de castigo de la sociedad.
- Actitudes educativas abiertas.
- Pacifismo.

El trabajo como medio económico.—La mayoría de los empleados están satisfechos con su trabajo —74,2 por 100—, y opinan que el trabajo es lo primero —67,5 por 100—, pero si buscamos las razones de esa satisfacción, nos llevamos una sorpresa: resulta que el 66,4 por 100 —bastante más de la mitad— opinan que en el trabajo que realizan «todo está determinado de antemano y no queda margen para las ideas propias», y, según esto, resulta que muchos de los empleados están satisfechos con algo que es simple repetición mecánica diaria, en la que no interviene el espíritu creador ni la capacidad humana de iniciativa.

La explicación a esta situación

paradójica se nos ofrece cuando consultamos su motivación para trabajar: resulta que la mitad de los empleados —49,4 por 100— concibe el trabajo como estricto medio para ganar mucho u obtener seguridad económica, y que escasamente una tercera parte —30,5 por 100— señala como motivación importante de su trabajo que éste sea interesante o que se pueda ayudar a los demás.

Resulta de esto, que una gran parte de los empleados de Banca tiene una concepción estrictamente instrumental y humanamente vacía de algo en lo que están comprometiendo la tercera parte del tiempo de que disponen en su vida diaria.

Desconfianza sociopolítica.—Resumiendo, podíamos decir que el empleado de Banca no se fía ni de las personas que le rodean —más allá del círculo familiar—, ni de los que dirigen la sociedad en que vive —situación que se ha dado en llamar de «anomia»—; sus contestaciones son desconfiadas y recelosas de forma insistente.

¿Piensa usted que, hoy en día, uno no sabe de quién puede fiarse? Lo piensa el 68,5 por 100.

¿Piensa usted que a la mayoría de la gente realmente no le preocupa lo que pasa a su alrededor? Lo piensa el 69,2 por 100.

¿Piensa usted que la mayoría de los que mandan se interesan mucho con los problemas del hombre de la calle? Piensan que no el 62,1 por 100.

Las leyes actuales, ¿favorecen más a los ricos o a los pobres? Piensan que favorecen más a los ricos el 68,9 por 100.

Situación que resulta inquietante, pues una sociedad sana implica necesariamente una situación mayoritaria de confianza en la organización social y en sus componentes individuales.

División del país en clases.—El 96 por 100 de los entrevistados —casi la totalidad— tienen conciencia de que existen clases en el país. Casi todos éstos —84,1 por 100— se imaginan una estructura de tres o más clases, situándose mayoritariamente en la clase media. Este planteamiento predominante de tres clases es típico de las clases medias, que suelen situarse entre las más altas y las más bajas, formando un sistema en tres estratos básicos.

El 69 por 100 se siente unido a su clase, y al 61 por 100 le preocupan mucho los problemas de ésta.

Actitudes antisegregacionistas.—Los empleados de Banca están decididamente en contra de cualquier

discriminación racial; el 82 por 100 reaccionan en contra de la idea de que los negros son inferiores, y al 72 por 100 no les parecen en absoluto desaconsejables los matrimonios entre blancos y negros. Por otra parte, tan sólo un 18 por 100 califica a los orientales de pueblos «cruces».

Algo menos firme, pero todavía mayoritaria, fue la actitud cuando se acercó el problema a un ámbito cercano, planteándose si los gitanos eran tan apreciables y honrados como otro grupo cualquiera de la población: el 55 por 100 estuvo de acuerdo en esto, manteniéndose dudoso un 12 por 100.

Espíritu democrático general.—Varias preguntas se orientan a perfilar este rasgo; por de pronto, el 86 por 100 de los empleados opina que «las cuestiones más importantes de política nacional han de ser decididas según la opinión de la mayoría (por votación, por ejemplo)». Este dato refleja una clara actitud, que se refuerza con el 78 por 100, que opina que «debería haber mucha más controversia y discusión política en prensa, radio y televisión».

Por otra parte, el 64 por 100 tiene una opinión aún más decidida al señalar que «la libertad de expresión en la prensa, el cine, etcétera, no debería tener límites».

Promoción de la mujer.—El 70 por 100 piensa que todas las profesiones deberían estar abiertas a la mujer. El 71 por 100 piensa que es injusto que el varón tenga más libertad sexual. Asimismo, el 63 por 100 está en desacuerdo con que las mujeres sean inferiores a los hombres.

Humanización de los sistemas de castigo en la sociedad.—El 59 por 100 de los entrevistados expresó su opinión de que la pena de muerte es un salvajismo, y un número aún mayor —69 por 100— opina que la sociedad debería tratar de curar a los delincuentes, no de castigarlos. La repulsa es todavía más generalizada respecto a las penas corporales: un 76 por 100 opina que incluso los delitos caracterizados por la violencia no deberían ser penados con castigos corporales (palizas, etcétera).

Educación racional.—De forma masiva —86 por 100—, los entrevistados reaccionaron en contra de la siguiente afirmación: «La letra, con sangre entra; es un principio sano que conviene aplicar en nuestra enseñanza». La repulsa contra la enseñanza dura se complementa con la apertura sexual, que implica la siguiente actitud: el 93 por 100

opina que «a todos los niños y niñas de las escuelas debería dárseles alguna educación sexual».

Pacifismo.—Los empleados de Banca evidencian, con sus respuestas, ser antes pacifistas que nacionalistas hasta un punto inesperado y revelador: el 89 por 100 afirma con claridad que «en beneficio de la paz, los países deberían ceder en algo sus aspiraciones nacionalistas», y aún más: algo más de la mitad —51,8 por 100— están en desacuerdo con que «los que se

nieguen a ir a la guerra, basados en ideas pacifistas, traicionen a su patria y deban ser tratados como tales traidores». El dato se refuerza al abstenerse o declararse en duda un 14 por 100 complementario.

Quiere decirse que una gran parte de los empleados de Banca ven la paz como algo tan importante, que no consideran, de ninguna manera, castigable el que una persona se niegue a ir a la guerra por sus ideas pacifistas. ■ MANUEL PASTRANA. Foto: MANUEL URÍA.

La coyuntura económica

UNA SITUACIÓN AMBIGUA

EL crecimiento inflacionista que había caracterizado a la economía española durante 1969 hizo necesario, ante los desequilibrios puestos de manifiesto —esta vez, fundamentalmente, a través de la Balanza de Pagos—, la adopción de un conjunto de medidas desaceleradoras, que han venido incidendo sobre la coyuntura durante los primeros meses de 1970. Primero, fue un endurecimiento en las condiciones de ventas a plazos (Orden de 5-XII-1969); luego, el establecimiento de un depósito previo del 20 por 100 a las importaciones con seis meses de mantenimiento (O. M. de 11-XII-1969); posteriormente, el aplazamiento de la contratación del 10 por 100 de los créditos presupuestados para el año en curso, y, por último, la elevación del tipo de descuento del Banco de España del 5,5 al 6,5 por 100; y, en consecuencia, a través del mecanismo establecido en julio de 1969, el alza en todos los tipos de interés de nuestro sistema financiero. En resumen, una política monetaria y fiscal restrictiva que, como en ocasiones anteriores —ya va siendo una constante del ciclo expansivo de la economía española—, va encaminada a restringir una demanda excesiva, principal motor de los cambios y transformaciones operados en los últimos años. Pero, ¿de qué manera y en qué intensidad han influido realmente las anteriores medidas durante el primer semestre de 1970?

Un simple examen de la evolución de la demanda muestra que aunque, en parte, se han hecho patentes sus efectos, no puede decirse que hayan respondido fielmente a los objetivos previstos. Así, mientras que la evolución del consumo, tanto pú-

blico como privado, ha seguido una tendencia alcista, aunque relativamente más moderada, no ha ocurrido de la misma forma con la otra componente de la demanda: la inversión, que se ha visto seriamente afectada. Ni los gastos corrientes en bienes y servicios de la Administración Pública ni el consumo privado son variables sobre las que se puede actuar ya fácilmente, sobre todo cuando apenas se ha salido —ya la duración de los ciclos expansivos es muy limitada— de una congelación de rentas salariales, vigente desde el mes de noviembre de 1967. No es un secreto que, en muchas ocasiones, empresas y trabajadores —en una coyuntura alcista— han llegado a pactos colectivos difícilmente controlables, e incluso admitidos o promocionados por amplios sectores de la Administración.

Síntomas claros de recesión se han apreciado, sin embargo, más rotundamente en algunos sectores productivos, sectores que se han visto afectados tanto por las restricciones de crédito —los recursos ajenos del sistema bancario han descendido en más de un 5 por 100— como por las restantes medidas de índole restrictiva adoptadas en los últimos meses. La demanda de energía eléctrica sigue mostrando una tendencia decreciente, dentro de su expansión, aunque muchas otras actividades industriales atraviesan una coyuntura más favorable, que se manifiesta, por ejemplo, en un mayor volumen de las importaciones de materias primas.

No obstante todas estas consideraciones, la situación no está aún suficientemente clara, y así, la revista «España Económica» —cuyos análisis, cuando se trata de la coyuntura económica, son,

sin duda, los que hoy revisten un mayor interés, sobre todo después del cambio de orientación de «Información Comercial Española»— no duda en calificarla de ambigua y contradictoria. Quizá se deba a defectos o retrasos en las estadísticas e indicadores económicos de la coyuntura, pero quizá también a la propia ambigüedad que viene caracterizando la marcha de la economía española, donde los periodos o ciclos expansivos suelen ya confundirse con otros estabilizadores que van recortándose o envolviéndose sobre sí mismos. Parece que, apenas nuestros empresarios, industriales y financieros salen de las expectativas pesimistas de las sucesivas estabilizaciones, se lanzan a demandar y suministrar créditos, a repercutir en los precios los aumentos de salarios y a instalarse, en fin, en el indefinible pero tangible clima inflacionista, con una alegría desastrosa para la estabilidad del sistema».

Así, buena prueba de esta ambigüedad es, por una parte, la evolución seguida por el índice general de precios al por mayor, que, en medio de ciertos síntomas de recesión, se elevaba, en el mes de abril, en un 3,43 por 100; incremento que, si bien puede tener un alto componente estacional, es mucho más elevado que el correspondiente al mes de abril del pasado año, que fue del 2,25 por 100. En esta fuerte elevación, la mayor incidencia corresponde —como ya va siendo de rigor— al índice de precios de productos agrícolas, con una elevación nada menos que del 8,98 por 100 en un solo mes, porcentaje que hasta la fecha no tiene precedentes en los últimos años. Las alzas que se prevén en un futuro próximo —los meses de verano vienen siendo propicios a nuevas subidas en los precios de los servicios públicos (teléfono, transportes, comunicaciones, etcétera, etcétera)— agravarán, sin duda, la situación.

Por su parte, la Balanza Comercial no sólo no registraba una mejora, como consecuencia del depósito previo a las importaciones, sino que el déficit, durante los primeros cinco meses del año, superaba en más de 150 millones de dólares al del mismo período del año anterior. El porcentaje de cobertura volvía a descender en torno al 46 por 100; las importaciones llegaban a crecer a un ritmo superior al 25 por 100 durante el mes de abril, aunque durante el mes de mayo se observase un significativo descenso.

No obstante, a pesar de esta tendencia deficitaria creciente de la Balanza Comercial, cuya solución no está en la promulgación

de medidas de índole coyuntural, se ha producido, durante los primeros meses del año, un sustancial incremento de las entradas de capitales a corto plazo, suficiente para mejorar sensiblemente la difícil situación que atravesaba la Balanza de Pagos a finales de año. En efecto, no hay que olvidar que, en el mes de diciembre, las reservas habían descendido al límite mínimo alcanzado durante los años 60, y que, por otra parte, resultaba probable que en los primeros meses del año la situación tendería a agravarse estacionalmente, como ha ocurrido en años anteriores. Sin embargo, estas entradas de capital —«hot money»—, respondiendo, entre otras razones, a una más favorable relación en la política de tipos de interés, o inducidas por otras motivaciones o reclamos publicitarios, han afluído en cantidad suficiente para solucionar pasajera y providencialmente la situación.

He aquí de nuevo el milagro —la Providencia siempre al quite— que vino a cubrir las exigencias del sector exterior. ¿Pero están, siquiera, pasajeramente cubiertas? No hay que olvidar que estas importaciones de capital, siendo a muy corto plazo, son extremadamente sensibles a los tipos de interés, y únicamente pueden y deben ser utilizadas como instrumentos meramente coyunturales. Pretender hacer uso de ellas con fines mucho más ambiciosos resulta tan ineficaz como peligroso. ¿O es que no fueron de la misma índole los movimientos de capital que asediaron el golpe de gracia a la peseta en noviembre de 1967?

Sin embargo, ¿por qué no esperar, por el contrario, que el turismo o las inversiones extranjeras vendrán de nuevo a colocar en una situación desahogada a la peseta? ¿No ha salido de situaciones más difíciles y comprometidas? Al fin y al cabo, ni es la economía lo que marcha peor en el país, ni la ambigüedad de la coyuntura puede ensombrecer otros aspectos de la vida política o social, mucho más importantes e inquietantes y contradictorios. La delicada situación creada en torno al caso Matesa y otros varios —algunos aún por conocerse—, las reacciones suscitadas por la firma de un tratado preferencial con la Comunidad Económica Europea mucho más limitado de lo que se esperaba, la incógnita no despejada todavía en torno a la aventura africana de los fosfatos de Bu-Kraa, etcétera, etcétera, pueden por sí solas, en su desenvolvimiento, ensombrecer las tensiones y ambigüedades de la coyuntura económica, reduciéndolas a un modesto y secundario lugar. ■ A. L. M.



Circuito de Anderstorp, Derrick Williams, corredor británico de veintisiete años, carbonizado en su bólido. Obsérvese el cuerpo del piloto bajo la chatarra.

EN UNA SEMANA, TRES CATASTROFES

PARIS.—La interminable lista de hombres devorados por el automovilismo deportivo se amplió esta misma semana con otras tres víctimas, a corto espacio de horas: Jean-Luc Salomon, herido mortalmente el domingo en el circuito de Rouen; André Willem, destrozado despiadadamente contra un árbol en la carrera de Mont Ventoux; Derrick Williams, muerto horriblemente entre las llamas de su bólido sobre la pista de Anderstorp (véase nuestro documento fotográfico), y, anteriormente, Hans Laine, en mayo, en el circuito de Nurburgring; Bruce McLaren, en junio, en el de Goodwood; Piers Courage, en junio, en Zandvoort... Sin contar con Denis Dayan, amputado de ambas piernas, tras su accidente en la misma carrera de Rouen; Bob Wolleek, igualmente de Rouen, etcétera.

La casi totalidad de los circuitos automovilísticos europeos ha pagado su contribución a este deporte, particularmente mortal, a tal punto que en este país se habla seriamente de revisar por completo el problema de la seguridad sobre tales circuitos.

Es indudable que el aumento fulgurante de la velocidad de los bólidos en estos últimos años no corresponde a las condiciones de seguridad que presentan unas pistas en su mayor parte construidas hace más de veinticinco años y en buena parte de sus trazados inadaptados a las nuevas características de las carreras.

Posiblemente el circuito de Rouen, particularmente trágico esta semana, será clausurado temporalmente para proceder a modificar sus instalaciones. En este sentido se ha manifestado la Asociación de Pilotos Profesionales, quienes no desean participar en ninguna otra competición en esa localidad, convencidos de que, en caso contrario, se perderían indefectiblemente nuevas vidas.

El problema mayor que se plantea, al margen de las características del trazado, es el del embotellamiento de bólidos en la primera etapa de la carrera. En Rouen, esta situación es especialmente grave, dada la incapacidad de absorber espaciadamente a los participantes, quienes forman constantemente un enjambre compacto, sobre el cual planea en permanencia el espectro del accidente.

Pasando constantemente a cuatro vehículos por frente, lanzándose vertiginosamente en el descenso, rueda contra rueda, los riesgos que representa el paso de la cuarta a la tercera posición, por ejemplo, rozan el verdadero suicidio, sin contar con lo que ocurre en medio de la «melee», donde el peligro no deja de existir en ningún momento.

En definitiva, la clasificación final de los corredores no representa tan sólo un palmarés de victoria, sino una lista de supervivientes, que se repite con regularidad cada fin de semana.

La propia pista de Le Mans, sin duda la mejor de Francia, no ha estado exenta de este tributo: el domingo 14 de junio, el conocido campeón belga Jacky Ickx causaría un accidente mortal en la segunda hora de esta carrera, aunque, al parecer, en esa ocasión el percance fuera debido a un fallo mecánico de su Ferrari.

Lo ideal sería construir nuevos circuitos dotados de una infraestructura adaptada a la competición automovilística moderna, pero, en razón de la importancia de las inversiones que esto representa, no es aventurado imaginar que esa política no será llevada a cabo sino a largo plazo.

Mientras tanto, es indudable que seguirá el holocausto... ■ MA-NUEL OSTOS.